

Yolombó.

El veintitris de junio á las doce del día, me
de ver á Fermín Carrasquilla, á su tía Mercedes y
á Bárbara la Cocinera, rebuyar con afán en la
despensa y debajo de los colchones de la casa de D.
Bautista Harango — que fue la que en Sto. Domingo
anagaron p. el Obispo — en busca de las espaldas, de
sombreros y demás cosas de montar de Fermín, que
se deshacía en bacos de Conser á Yolombó, á cargo
de la recepción de su Ilustrísima en ese lugar.
Justiniano Macín, en traje Camisero
despachaba en el juzgado sin saber cómo los cosas
pendientes y escribió á trocitos la amatoria epístola,
que por todos los Conseres suelta al pueblo de
Andes donde vive su Dulcinea.

D. Ross López acomodaba en el escritorio
la chuppa nueva y los pantalones á listas, que ha
bía de lucir en la tierra donde fue "escudero veinte
años há". El Pachó Rendón daba con afán desp
civiles á Piquillo, sobre despachos de sal, corriendo
aquí para allá en busca de un frasco prestado, para
ver de acompañar á esos tres señores en el viaje.

Por fin á la una, y vestido legaron
vires Caballeros: Fermín en el rocín de su padre Ba-
tista; Macín en "La Anciana", cumbita propiedad de
su familia; Ross en el mocho amonillo que es del
difunto Camilo Lavaca; y Pachó en un ombó de cargo
de D. Félix Mejía, que lo servía como vaquero en
una y que, al galopar, estiraba el pescuezo para
lado agachando la cabeza, lo que hacían palidarse al

de aya fama realísima jirte.

Desde el Canino o Comenzaron los viajes a gozar de nuevos espectáculos. En la cuesta de "La Quisba" admiraron el hermoso Cañón de Rio Grande, y afueron de Roso el lugar donde se juntan las tres aguas que componen el Porca; vieron los puntos donde quedan Don Matías y Santa Rosa; y, disertando teóricamente sobre el fenómeno geológico de "La Quisba", echaron muchos leminos, sin quedar en nada.

D. Eladio, el Cobrador del pasaje, los recibió muy amablemente, pero les cobró el piso a cinco Cuartillos por Cabuya, tanto por ida como por vuelta, advirtiéndoles Pachos que, si algunos se morían en Tolombó, tenía que devolver a los sobrevivientes los cinco Cuartillos. Tal regreso.

En "Sabanalaya" admiraron a lo lejos "La Chonera" de Luciano, y en Cas de Sanón Rendón encontraron a Esteban Ajíndelo y a Jesusa, su consorte, saboreando dentas tazas de aragamora; nuestros viajeros tomaron leche y clavo, y comieron plátanos. Un aino y compañeros del aragamorismo maritimario, proseguieron el viaje, encantados siempre de la amabilidad del Canino, de la belleza del paisaje, montañoso, salvaje, extenso.

Esteban y Jesusa llevaban entre los dos el nombre de sus hijos, como de un año; y tan bebiendo!, que, para acallarlos, le dieron un plátano no tan sucoso como Pachos y Formás.

Con patética animación contó Jesusa una historia del tigre que dice que estuvo hace poco por esos lados, y que se comió cinco reses, entre las cuales la que más sintió fue un ternero de Esteban que el indiano animal se alzó conquistado de la

Casa; los llevé a Pacheco y al pasar los puntos recorridos por la feria, dije como fue ella la primera que encontré de vacas y la impresión que recibí cuando vi los girasoles del terreno unas Cajas como bagazo de Caña, el arrochito de pasta y los restos de la bagofia.

A eso de las seis arribaron a la Casa de D. Valerio Hernández, a quien sorprendieron en la Cocina. Este salió echándoles discursos: que el Obispo había entrado esa tarde a Solombó por entre arcos de triunfo y en medio de más de doscientos jinetes que le salieron al tope; que en Solombó tendrían un pueblo amigo de Sto. Domingo; q. lo habían hallado en la Cocina porque, como era solo, tenía q. dar órdenes p. poder mandarse al pueblo; interrogado por Pacheco si había pronunciado discursos al Obispo, contestó q. sí; pero que como siempre, lo había hecho muy mal (modestia eterna); les dio tragos bromosfáticos, y a la despedida les dijo con gran prosopopeya: "yo no soy sino un francés de carne con ojos, pero aquí me tienen a las órdenes p. lo q. quieran mandar. He tenido muchos gusto en conocerlos porque sí que son personas muy interesantes", y otras cosas muy lindas. La escena pasó en un momento, con esa virgen de D. Valerio de a todas las cosas: haciendo críticas, acrisolando y lanzando salinfragos de aquellos ojos chocolateados, inquietos y chisfrentados.

Más adelante vino virgen de Arnalpi, con una linda crítica, les salió al paso en el corredor de San Juan, les ofreció hospedaje, requiriéndolos a aceptar lo por eso de pasar tantos trabajos los bestias en Solombó. Sin saber como ni por qué, los conté en estilo figurado.

de amancebado, que hacia cinco meses habia venido de Analfi, q. en Solombó rodó de Casa en Casa, hasta q. dio con esa en q. vivían, donde ejercía la caridad de hospedar a los pasajeros decentes. Los meses por más decentes que se sintieron, prefirieron seguir al pueblo a permanecer en tan hospitalaria casa.

Al festejo ya cansado de las Caballeras y un tanto molidos de posas, prosiguieron la marcha. Ross, con ese aire instructivo q. tiene, dice: "Vean muchachos, detrás de aquel montito donde se ve una lucecita, está la Lucahilla". Pach agrega: "Sí, pronto estaremos en la Calle del figuero. Al Comienzo de ella hay un tigre de palo pintado colgado de un árbol, y por eso se llama así la Calle. Es de pintas tan finas, que ya tiene ciento cincuenta y dos años, y no se ha borrado en lo negro!"

Cuando menos pensaron, se toparon con el pueblo sin haber visto tigre ni nada. "Esto es Solombó!", grita Ross; y el juez Macín agrega: "Fanta farsa que nos da 'on las Causas'". Lo más llano de entusiasmo exclama en tono de discursos: "¡Salve, Solombó, salve! Aquí cantó mi padre Martín. Aquí vivieron Santa Morano, mi manita Luz, la Comadre Gregoria Layos, mi Compadre Juan Esteban y Calaverita. Aquí guiso la chata Narciso los pavos engalanados por el Obispo Plata. Aquí el Vicario Obregon regalaba la corona de mi Señora de Balvanera, por robarle los gaticos a la Comadre Gregoria. Sobre este suelo echó jurar la Marquesa Bárbara Caballero, por celebrar el natalicio de Fernando VII. Solombó, go de Saludo!"

* "Mi padre Martín" era el bisabuelo de Fermín, tan ladino al decir de los q. lo conocieron, q. en unas fiestas de San Juan con las damas de un baile lo hacían bailar con sus hijos. En una de las fiestas de buena suerte a la plaza los vieron los de la Iglesia y contó un cuento de un hermano - "María la Ley" Santa Morano eran los padres del Sr. Obispo de la Leyos y el Vicario son heros de la Leyos de una era voluntaria, que no se acuerda de recordar lo q. hicieron y esa es la Leyos de la Marquesa y lo fue que se celebró

Terminó la aranga muy entrada ya en la famo-
 sa Calle, entre el resplandor del velorio que salía de
 todas las Casas: aquello parecía una culebra de Candelero
 partida en dos: era la luminaria en obsequio del Obispo,
 la cual principiaba en la Calle de la entrada, se que-
 braba en el hoyo, volviendo á encenderse más vivo en
 "la plaza vieja" y en "Chiquinguisca". Ofuscados los via-
 jeros con tales Candeleros y pisando ramas y flores, res-
 tos de los arcos triunfales, llegaron á una tienda que
 daba gran luz entre la rebujina de Casas: era la de
 Antonio González, donde se apresaron encandilados como
 chuchas. El dueño y Cleofe, su cuñado, salieron
 muy formales y de buen gesto á hacer los honores de la
 hospitalidad. Aquí de los afanes para desensillar, ac-
 sorotar avíos, desfractar bestias, á la vez q. atender al
^{bot} esta tienda de ropas, de la de víveres, de la Carnicería.

Como me estuvo en estas vueltas,
 fuy como tiene en Colombia á Jaban y á Brantia.....
 Después de refrescar un momento, y des-
 poyados de espaldas y polainas, salieron los viajeros muy
 sencillos y ponchiterciados, Tigres abays, en busca de
 firma, patrocinio de los forasteros, á quien Antonio ha-
 brá mandado hacer la Comida. Dieron con la casa de la
 tal - que todo parecía, sacrasa cosa de fonda ni hotel -
 Pensaba alguno de los viajeros q. firma era así como
 una vieja fonda y ligerosa. Pues no, señor: muy ele-
 gante y bien parecida, panochona y blanca ella, con
 unos dientes de loza muy bonitos, que luce al hablar,
 al par que la Cauchera de la encina; vestida de be-
 ta verde enfrangada de Colorado; y remangando con
 gran primor y desenfado las manabanderas. Apesar de
 estar tan fatigada por las famas que el arreglo de la
 Casa y Comida episcopales le ocasionaron, fue tan

unable que no se denegó á dar de comer á los hambreados huérfanos, quienes fueron á esperar la Cosa á la tienda de Bonifacio Jaramillo, uno de los lumbercos del pueblo. Este Señor había ido muy fino á ofrecer sus servicios á los recién llegados; en su tienda hubo beboyón y, entre risas y charla, ^{mejor} lograron acallar la voz del hambre. No poco fue el miedo que se enfermó en ese clima de Solombó los pejes, al ver á Bonifacio, que era tan lustroso y tan de buenas carnes, hecho un rey rico de puro flaco y perfilado; pero luego cayeron en la cuenta que no era el clima de Solombó el de tales estragos, sino la miel de la luna. No obstante su perfilamiento, estuvo muy simpático, socorrido y decidido con los huérfanos, y muchos juélepe que le metió á firma p.^a que no se pusiera la pata en la vaca, pues la Comidita tardaba tanto, que parecía Cosa de haber ido á matar la vaca.

Al fin sonó la hora dichosa en q.^a se verificó estar servida la sopa. Las tripas de los señores esos lanzaron un grito de hosana y los dientes se afincaron á trancar algnos.

Pero; lo que son las ilusiones en la vida! Al llegar y ver aquello se pusieron "fines Carnes Sabalota": todo estaba allí servido, desde la sopa hasta la mazamorra y era de una proporción descomulgadora, mucho más grande entre los comensales estaba D. Nicolás Rendón que siempre ha gozado de la fama de tener tripa muy ancha y exigente; lo más atroz era que ni tenedor ni cuchillo se veían por ninguna parte! De estas hermanitas no había en la Casa: todas estaban haciendo papel en la mesa del Obispo.

Bien que mal, los criados estómago

se llenaron, pero como en esta mala vida, cuando se tapa un portillo, otro se destapa, resulto que los pobres, asi que comieron, empezaron a cavilar en lo de comida; pues Trina Zapata y su madre D.^a Carmen, pusieron por condicion que comida se daban, pero que coma ni por pienso.

Pero les duro el cavilar: Bonifacio les ofrecio la tienda para echar questana, y ellos al instante le apartaron; por que aquellos señores parecian resueltos a recibir todo lo que les dieran, con tal que no fuera palo en las costillas.

Tranquilos ya, consiguieron a Eustaquio Cardona - quien tambien habia acudido a Tolombo con el Curita Gomez - y se fueron a formar barra a la casa del Obispo. Era de ver a esos señoritos asomarse por las rendijas y echar oido, como negras cocineras, para ver y oir a Bernardo y compañeros curas, que, en esos momentos, estaban de colacion, en el cuarto del saquin que hizo de comedor.

Despues charlaron hasta tarde de la noche en la tienda de Josi ab.^a Márquez, quien con D.^o Severo Escalante, buscaba padrinos para ese monton de millones que Dios les ha dado, en lo que ha ce que son casados. - Ambos decian que no gustaban de acostarse tempranos, por que la bulla y rochela de los muchachos en la casa, quemando pape-

571
los en la vela, tirando almohadas, contan-
do cuentas, estudiando en la Catequesis y
peleando por corozos y bromos, los a ve-
ces tanta, que les gusta más llegar y
encontrarlos a todos roncando a primera
suella, entropados como maiz por toda
la casa.

D.^o Nicolás fue a sacar de la tienda
a sus compañeros de mesa y se los
llevó. Ellos se despidieron muy agrade-
cidos del viejo, diciendo que hacían esto de
temor que se propasaran en aquello del
traquito, que nunca ha de fallar. Pero en la
seosa había su marulla; cuando abrieron
la tienda para acostarse, apareció allí D.^o
Nicolás, y dice con su talipalada voceru-
lla: "No debra por ahí alguna cobija, que
no tengo," y tendió la vista por to-
das partes; pero parece que no vio co-
bijas ni cosa parecida; los otros también
buscaron ojo y vieron allá en la última
tabla un primo pero se encharcaron; Tomás,
al ver aquello se salió y dejó a los o-
tros que salieran del paso como Dios
les diere a entender; entonces el solicitante
se acercó a la cama de Macía, que
era en el mostrador, y hecha toda de ce-
rianas, y dice con tono decidido: "Sr
Juez: su cabura está muy alta! Me
lleva esta," y diciendo y haciendo abrió
con la cobija, como alma que lleva
el Diabolo. Macía, con aire muy asus-
tado replica: "Pero ¿quién sabe si al

duño le choicará!..... Hay confianza! Hay confianza! contesta el hijo, y sale. Ellos se echaron en las deliciasas camitas, obra de Bonifacio, y durmieron como botados hasta las seis de la mañana.

A tal hora abrieron la tienda y toparon con Marcelino Gaviña, quien, en mangas de camisa de chales de la pelea pasada, y peinando capul plateada por la cana, vino a darles la bienvenida y a ofrecerles agua y local para el tuseo matutino. Los entro a una casa inhabitada que ha sido hotel y coliseo. Todavía se ven en las empujadas paredes, hechas con carbon, las rayas divisorias y los números de los palcos. La imaginación se vuelve a la noche del 10. de Agosto de 1889 para ver a Marcelino, a Simón Ramírez y al herrero de la parroquia, declamando empujamentos, en compañía de Alfredo Llano y Beptali Jaramillo, metamorfosados en sombras, cuando representaban "El Niño prodigo" o el "Beso de Judas".....

Ansiaban los viajeros por tomar el renombrado cacao Tolombero. Pero cual fue su sorpresa cuando hallaron que el chocolate ese no se sabía si era de harina o de canela, si estaba hecho en guarapo o con dulce quemado. ¡Así son las cosas de este mundo! ¡Ahora el gran!

Salieron despues para misa - para la misa del Obispo. A la puerta de la inconclusa iglesia está D^o Vicente P. Lopez, pilato en mano, pidiendo a todos el que entra; los vapores masan y dejan su nivel. El cuadro que se ofrece a sus ojos es notable por el carácter: aquel recinto encerrado por cuatro altas paredes, sin más techo que el cielo azul; está aun casi desierto, aunque el oficio divino ha principiado. Al extremo, una pared de tijas, de pared blanqueada, sirve de altar Santorum. Componen el altar un antiguo sagrario de empujados dorados paramentado con Bullones de bronce blancos y cintajos, coronado por un Cristo en la agonía; a un lado, de pie, está San Lorenzo patrono del pueblo con blanca enagua de fino y encaje, mostrando las papatas de plomo; encima lleva una dalmática para reves de rojo carmesí y doradas galanías que a pesar de estar bien conservada, denuncia muchos años; sobre el pecho apoya en la izquierda mano la palma del martirio, viva como la madera de que fue hecha; la cara y la expresión del Santo, lo mismo que la Valona parecen de un Cuita dispensado de años. Al lado de mi padre San Lorenzo está otro Santo de talla con cara de teniente, Juan mozo, muy bien hecha la talla, con la punta Sabiente y purosamente finado, que bien se ve que el Santo ese no se curadada en una

botama lina de agua fino en espejo de cuerpo cubo: lle-
 va buciado el manto y tiene un repuche y enfiado muy
 particulares; pide aguinaldo por señas e indica que sea
 bien grande. ¡ Todo un Señor Aguinaldo! Al otro lado
 del Sagrario, empujando con honzo y el clero, está el
 Sacerdote de acardenalado y Sanguento rostro, vestido
 de morado con cinturón de corcón de oro y borlas; no
 corona de espigas pero sí peluquín de catellos de cris-
 tiano que apenas le tapan la coronilla. Separada en
 una mesa está una virgenita filimosa y descolorida
 ella con traje de gasa blanca a listas, mangas de
 vuelo, mantilla de moiré negro lisa. Alrededor cubren
 la capota una Castumbria de pelo de sinte como la
 del Sacerdote, ricada con paja. Esputa está un lienzo
 que representa a mi Señora la Virgen de Chiquiquira
 con sus acompañantes, Andrés y Antonio: Andrés lleva
 dos tableros auestas y Antonio con una cosa a
 guisa de Sermón, carga un litron tamaño y encima
 de él un muñequito Chiringo San Nicolás, que parece
 pegado con cera.

Otro Cuadro de la Virgen del Carmen
 llama la atención por un ánimo muy barón que tiene
 y que está a punto de prendese del escapulario de
 la Virgen - prueba de que los hombres también se
 salvan; abajo, entre el Namunó Azul y Amarillo sonan
 las Órinas de ambos sexos muy canturistas.

El púlpito afonado en Blanco, está a un
 lado, y al otro sobre una plataforma de tablas, el
 Sólido episcopal fabricado de colchas de trape grana-
 te. La misa principia con introito de música seria y
 digno con melodiosa y sin canto; cuando al llegar
 al Sanctus una voz sonora y espesa llena el
 destapado recinto. ¡ Soberbio y valiente fulmin

del Cantor! El Obispo Juan María de la Cruz con esa un-
ción y esa humildad que imponen, no menos que su dig-
na figura hecha para el episcopado, en medio de dos
ricos candeleros de plata, ríto de antiguo esplendor.
En la Conmunion que aumentaba había mucho que ver
y admirar: allá cerca al Solio, en medio de las da-
mas del grajo y del juano, resaltan algunas caras
blancas como granos de maíz cocido entre cañón: Son
las de la crème: Clero de diácono mantilla está allí.
Del grupo de los hombres sobresale uno alto, muy
alto, como vara de premio; uno de los viajeros alza
a mirarle la cara y se espanta por que ese tasajo
de hombre es Julián el de Bárbarita, el casado con
la hija de mi comadre Dolores. ¡Oh, dice el viajero,
pero este "Bebebe" que era un recorte en Santo Domingo,
que se aventuró para crecer tanto? ¡ que sea
que Don Claudino Espargo, y el caballo de Rafael
y otros poco de recortes que hay en Santo Domingo no
se vienen a temperar aquí? Aun no había salido
el viajero de sus cavilaciones, cuando por un clauto
que hizo la gente alzarla a ver que Julián está
trufado en unos huesos más altos que él.

Un movimiento de curiosidad distrae las mi-
radas del altar: Don Roso que aparece con los orna-
mentos del malotón de ananas, corbata de fundador,
regalo de su Soberana política la Señora Juana
Gómez, y D. Cupertino Espiritual que luce en una
mano Sombrero Coco color de resoldo y lleva en
la otra un rollo de papeles: Son los cuentas de la
Sociedad y anda en busca del padre Pío para que
las firme. — Pero que es eso que le alampagusea en
la corbata y que parece así? — ¡ Pues que ha de
ser! — un apito de viento engastado en oro, igualito

al de Julian. Después de la misa subo al pulpito de
 Juan el R. P. Ramirez, en cuya cara de luna llena se
 reflejaban los rayos del sol. El Señor que dicto con
 esa como confianza y deui uno característico en ese
 jesuita, que más parece una visita Abuela tocada de
 sus nietos, a quince cuenta milagros y vidas de
 Santos.

Desde que llegan empiezan los viajes a Pusear
 ahogados para llevar a confirmar; - pero habían de ser
 negritos y chiquitines. Como limosneros, pían y su-
 plicaban a todo negro y negra que aparecía con
 negritos como los que ellos querían. Compadecido el
 Señor Alcalde despacha emisario en demanda de atre-
 yados a Matilde Ochoa, la Reina de las negras por
 su belleza y por su educación y donaire que supo
 ante Doña Liberata Montoya. Todo fue en vano: los
 bellas tirnos de la hermosa negra ya estaban congre-
 metados.

Desvanecida esta esperanza, Tomás se despa-
 de vueltas y arriescando la mar y fumando el pipe
 como muckacho Criado por abuela, exclama: "¿Que ahí-
 judo ni que niño muerto!"

Macia y Pacho persisten; en su ansiedad
 ahí aquel con un rapar como de diez años que
 cruzado de brazos a tusta pelada, con camisa y
 pantalones de diagonal se estaba por allá costado
 contra las paredes de la Iglesia, muy humillado él.
 Entre los dos se entabla este diálogo:

- (a) - ¿Te lo confirmaron mi hijo? dice Macia al tustar su
 negro acariciándole la cabeza
- No, Señor, contesta el interpelado con desaliento.
- ¿Quién va a ser su padrino? - Pues

mano Juan Lima.

- ¿Su papa quien es mitijito?
- ¿Caso tengo papa.
- Mi mama tampoco?
- Mama Si: mi mama Damasia Lima
- ¿Quiere mitijito que yo lo anime a confirmar? dice Macia al negrito en tono de insinuación; volviéndose a Racho, exclama: ¡Vea hombre que negrito tan lindo! Yo siempre lo arrimo aunque sea de con-
trabando. ¿Se enfadarán?
- Arrímelo Macia; que se van a enfadar! contesta Racho; y si se enfaden no hay remedio; porque después de confirmado el muchacho.....
El negro parecía con tirones de seguir al juez conquistador, cuando en esas se aparece mano Juan Samaná negro - Brillante, simpático, que al sonreír dejaba ver una hilera de blanquísimos dientes.
Macia se dirige a él diciéndole como si fueran viejos conocidos
- Yo siempre arrimo este negrito a confirmar mano Juan: es que es antojo lo que tengo por un afi-
jante negrito y bonito como éste. Díme que yo me comprometo a calmar a la comadre Damasia.
- ¡Ah Mancos estos! Ya están como los de la Villa que cuando yo y mano Antonio fuimos a llevar unas cargas juan cinco que ni nos dejan sa-
lar Relesars de lo ceras que denos. Si yo tuviera negritos demás que de los Caba; pues llévase ese, mi Manco, que mano Damasia está juaca en Tranón y que ha de livi.
- Macia que tal oye veje su muchacho de la ma-
no temeroso de que se lo Arribata, y sale a dar vueltas con él (~~se~~) mientras llega el

Acto de confirmación.

Envidioso Pachó corre a Esteban e Monsalve y le dice:

- Esteban, consigame, por Dios! un chifadito me-
quito bien celebrado.

- Casualmente que tengo uno, Don Pachito. Sea
así (y Esteban se agachaba para indicarle con
la mano, a tres cuartas del suelo, el tamaño
del negro.) lo mas lindo que hay! Pregúntele a
Don Bonifacio que vive jugando con él en la
tienda. ¡ él es Canónigo! que le parece que
amenaza a cortar a los muchachos con navaja
cuando lo molestan.

- Ese está magnífico; así es como yo lo quiero, con-
testa Pachó entusiasmado. Cuenta como se lo va a
dar a otro.

- No tenga cuidado Don Pachito.

Juntos se llegaron al lugar de las confirma-
ciones los venturosos padrinos con sus negros ahijados.

Al salir les dan medio, y Pachó pregunta al Dijo
que se llama José ell. por más señas, ¿cómo me-
quito, teso y brillante como de ésto: "quién es su
tata?"

- Yo no tengo, padrino.

- ¿I papa siempre?

- Siempre, padrino.

¡ ¡ Virgen de la Trinidad! exclama María
riendo, ninguno tiene papa.

Reinándose los ahijados dicen a sus padrinos:
"Sacramento del Altar!" y salen galopando a
aguardar sus cuartillos para comprarlos el
domingo en casados.

El de Pachó como chico en el pueblo.

le dice al recibir el mesero: "Dios de lo pague, pa-
chino."

La Calle que quisieron llamar Don Calisto para las
Confirmaciones era cosa de verse: allí estaba Don Zo-
nifacio el de la luna de miel con su suelta de
ahijados, que sumaban una cruz: las negras de
"El Pantano" y de "Salí" ostentaban trajes de
linón blanco y mantelitos de linón azul frondidos
con flores; visos de blancos cabellos se postea-
ban para recibir en su arrugada frente el óleo
Santo, y el pastiguera del Obispo en su no menos
arrugada mejilla; allí María Pique, la primogénita
de Julián, vestida de amarillo color de oro antiguo,
desde el tapatico hasta la goma de descomunal
peonada, que deslumbró a todo Solomó. La tam-
bra y los chillidos; los gritos de mana! pepita!
mana juana! Micaela! marcaba, aturda

De repente rompió el concurso, rodando
de negras cuidadosamente empunilladas, la
Reina de Risonia: la negra del traje de
meine arrugado de adornos, competía con su
Cara y manos; cubría el pecho grandes es-
clavina de puntas negras, menos brillantes
que sus ojos; la lancha blanca roja Rosatta
de endas pasas; vivo ramo de flores ar-
tificiales sobresalía de la ajustada capul; los
gros garillos de oro de lámpara griega le
caían hasta los hombros; gargantilla de uretu
vas del mismo precioso metal la ^{ceja} ~~ceja~~ el
gallardo cuello; y diez sortijas de falsa pedanía
brillaban en sus manos como espigas de trípelo negro.
Pintadas con papalillo las negras mejillas, se habían
visos violáceos: levata las cejas embadurnadas de

24

Cochin Quemado; y entus' contentándose con gozo So-
berano, atagando sobre sí la admiración de la
multitud. Era Gregoria fero.

¡ Gregoria fero! Que lució cuatro hermosos trajes
ese día; la misma que en compañía de una hermana su-
ya, su rival en belleza y en adorno, intallo' conve-
sación y plática con el fero elcaña y Pachó en el
alto de la Iglesia, informados sobre su estado, pro-
fesión y residencia, en cambio de las flores que
aquellos le daban. La negra lució mucha amabili-
dad y trato de fentes y cierto depe melancólico en
el asunto.

Quintas Su S. Sustitución y compañía
daban en la Iglesia la gota goya, los viajeros
(menos Roso) de colaron de Rondon a la casa
Episcopal. Prepararon por una terrible escatna, que
según dijo Pachó que hecha para una aristocrata
de maroneros; y pasando por el alegre conector donde
Billaba nuevo Aguamanil dieron con la Sala, que
estaba tapizada con esteras de chingale'. Las tres
puertas lucían cortinillas de lino blanco liso, ton-
chas y ranuras, con un volante arriba como
traje de primera Comunion y una dalia de cintas
rojas y amarillas en el centro; a manera de mesa
central había un mueble entre Aguamanil y cómoda,
cubierto con tejido de Croché, al cual tocaban dos
sacudidos de cuero pintado y una mesetera de lo
mismo; a un lado de la puerta que da al Sagrario, una
taquilla con espaldas forrada en damasco de algodón
rojo, se daba infusas de Soja; al otro lado el escapa-
rate del Sain' Pío, y ena a él, clavado en la
Blanquada fero, una Biografía que representó en
miniatura todos los papas, desde S. Pío, hasta

(2)

Todos los colores imaginables, desde el Sapo muerto
 de humos, hasta el de cuesta de gatto encolizado;
 unos medio mochos, otros mochos por entero, cuales
 de pana con Arabescos de cañeta, cuales de
 gigantescas coronas, lana de café, de colcha de
 trapo azul, como el del espaldar del Solio, con un
 jerón granate cubriendo todo lo que era madua,
 ropón de hilo, almohadones, cofines y Planos col-
 chones, convidaba al Duero, arrinconada en un ángulo
 de la pieza.

Sobre un aguamanil acabado de
 Dalia de la Capintina, cubierto de azul y tejido
 de choché de hallata el estuche de S. S. de
 piel de Rusia, luna de Venecia, finisimas navajas,
 tijeras y otros finos. Hacieron Triángulo, la
 Virgen del Perpetuo Socorro y otros dos Santos,
 del tamaño de un feme pendiente de la pared,
 Sobre el Aguamanil; al velos daban ganas de
 poner las manos y besar el bendito! Las puntas,
 como las de la Sala, estaban veladas por
 blancas, turchas y trasparentes cortinas, que
 al ser recogidas sobre sí mismas formaron
 contos desquangadas.

Los visitantes esos no de-
 jaron cosa que no vieran y tocaran: Abrieron el
 escaparate y hallaron la rica Custodia, Cuajada
 de perlas, esmeraldas y Amatistas, joya de gran
 valor por lo antigua, por el tamaño y finura de
 las piedras que la adornan. Ellos se pusieron
 los guantes de S. S.; ellos voltearon al derecho
 y al revés el Sobre-todo de casa de vivos
 rayos: el de calle completamente negro, fiero ambos
 de finisimas telas; ellos se acostaron en la

Cama esa, que además estaba perfumada con Agua de Colonia, lo fue los traço á la memoria ingratos recuerdos. En su rebujama dieron con un liquido rosado en vaso de loza, de donde colgieron que al Aristocrático Obispo nada que le convienen los viajes á caballo ni las comidas invitantes. -

La casa de balcones por los cuatro costados, enlucida con la cal del Padre Pico, que en Blanca-
ra compete con la nieve, recién pintada de verde, azul y rojo, parecía una taza de flores; y ya que mentamos flores, ¿ qui' decimos de las matas de yedra de "San Juan" que agobiadas por las floridas ramas se apoyaban en los dos ángulos del frente de la Casa? - Ante esa belleza la pluma no acierta á describir. - En la pared frontera, sobre las cuatro puertas del segundo piso, se leía con letras de á cuarta, esta inscripción:

El alma honra á su Delgado:

Quien está con él

Está con los Delgados

(S. Cipriano)

Los techos de las sobrias yedras, apoyadas en el paramaje de ~~la~~ macana, se levantaban dos banderitas del linón blanco con laicos de cintas verdes y rojas en las puntas. -

Los viajeros se detienen en el balcón y tienden la vista; y como no, cuando ante aquel espectáculo el corazón se ensancha y el espíritu vuela!; las ráfagas de viento suaves, impregnadas de los perfumes del campo, parecen una cañita; el horizonte inmenso, casi ilimitado

21

De Osoyiega Alul Brillante, rodeado de nubes
escaurmenadas, como un patio hecho expresamente
por Dios para subir aquella Comarca privilegiada,
donde la naturaleza se muestra aquí somnolenta,
allí severa y muda, acullá, salvaje y sublime.
Parece convidar al poeta a que sienta; al filósofo
a que medite, al asceta a que ore. El panorama
que se abarca impone, ora por el conjunto, ya por
los accidentes del paisaje; verdes colinas cu-
biertas de alta maleza, demuestran al Ser Sa-
cudidas por el viento, cabezas que se inclinan agu-
padas ante la majestad de ese cielo; lontananzas
altas que se confunden con la línea del hori-
zonte, traen al espíritu del hombre la idea de
lo infinito; selvas no hoyadas por la planta don-
de ~~se~~ surge el figuero; un picacho solitario de
desnuda roca donde solo alcanza el águila
Señora del espacio. Donde quiera que se mire
hay accidente en el terreno, hay poesía. Allá
abajo una colina de apacible veruor: nada más
pintoresco que esa mota medio desnuda, con su casa
dividida sombreada por la tupida fronda de árboles cont-
narios; otros pequeños árboles forman un bosquecillo a
cuyo arribo pastan algunos animales; el atarón y la
solera que allí se respira le dan un tinte de
melancolía que hace más bello el paisaje. Todo es
así. - Tolonó tiene un modo extraño de ser humoso.
La población regular, sin trazo topográfico, como
hecha al acaso, hace que tenga una originalidad
que no se nota en ninguna otra: el follaje del pla-
tano entre las casas papayas; los sembrados donde
alternan el verde del maíz, el de la caña de agu-
cañ y el de los jucatos, con los árboles y malezas

Al los cueros y vellados, le imprimen un aire campesino deliciosamente encantador. Esa como calle que sube pendiente por los altos, de Bifurca por las faldas y collados, es sólo de Tolombó: allí la naturaleza misma, mas sabia que el arte, es humosa por lo caprichosa y equita.

La casa del Cura, extensa, de dos pisos, sobresale en cierta majestad, recostada a las paredes del templo que se construye, y forma bello contraste con las casas del resto del poblado, de paja unas, otras de maderas de tepas, cuales de pitones labrados, ennegrecidas por el tiempo.

Es Tolombó un valle que se refuerza de extensión sobre un capullo geológico que ya parece colina, ora meseta, después cuchilla: desde el comienzo de la Calle del Tigre se dirige en semicírculo hasta el alto donde están la Iglesia y la casa del Cura; allí se ensancha para formar la plaza; luego baja hasta el flanco; de allí se empuja fuertemente para ir a morir a la plaza vieja, que aun conserva los restos de una Iglesia, que al decir de los que la conocieron, era notable por lo fino y delicado de los estucos y por la arquitectura estilo morisco que dominaba en ella; allí la localización se ramifica para formar "El Retiro", "Santa Bárbara" y el llamado "Barrio de las Grutas", rico en leyendas de duendes y endemoniados. Las casas en lo general, están como apoyadas en la altura; y las puertas encasadas de balcones vestidas de plantas trepadoras se tienden por las faldas.

Volvamos a los viajeros a quienes dejamos pasados contemplando desde el balcón de la en-

Antes Casa episcopal, el grandioso paisaje.
El presentador fue un hora de salir Su Señoría
del templo, el juez Maciá y Tomás Salazar para
el Baño y Pachó a visitar el Archivo, famoso por
su antigüedad.

Camilo Carón y José Gallego, galante-
mente ofrecieron a aquellos sus caballerías, y
Don Benedito se fangó de los unos para servirles
de cicerón.

En otra ocasión hablamos de Enrigado,
como tema del amor y de la poesía, al acudir
a Pastora Saura; al toparse hoy con D.^o Be-
nedito, naturalmente se viene a la imagina-
ción el recuerdo de esa tierra donde se encuentra
el tipo clásico del galán y del Amador.

Don Benedito vio allí la luz del día; la
larga ausencia del lugar de su nacimiento, de ha-
berse olvidado el mi don característico del en-
rigadense; pero conserva el furo de charlar sin
fuerzas. En su manía de destrozarse a la huma-
nidad no se le escapan ni su mujer, ni sus hijos,
ni sus amigos. Todo lo sabe; conoce el género
humano: al juez Maciá le enrostró que su Pi-
buelo no tenía de Planco sino el talento y la
gracia; a Tomás le dijo que por lo Carasqui-
lla e Saura era Papá de las estrellas, pero
que no mentara el escarabajo; y a Pachó que por
lo Rensón no sabía sino que amiegaba si
volviese loco, pero que se enrostrara porque
era machero por lo Escobar.

Caballero en una mulata que lo
mataba, iba Don Benedito; a su lado Tomás,
cuya Cabalgadura tenía llevar a su dueño por

eso de competir los dios en Parícuta. Pero de fuerza...
..... El vese en aquel caballo de Camilo Cardoso cre-
yo volver a los Salvajes tiempos de Suminco y
Andina: parecía el Dios de los vientos en aquel
Corcel que se levantaba soberbio, las cunas en de-
sorden, el ojo centelleante, para volver a caer
en vertiginosa inquietud, envuelto en olas de
polvos, resoplando, hiriendo el suelo con el herrado
casco, y tascando el duro feno. Cuando apa-
reció en el "Barrío de las Brujas" hecha un ven-
tarón, a los gritos de ¡Efra! ¡ que viva el
partido radical! ¡ el qui no gruni nadie! aman-
cando con ruido siniestro la tostada paja
del alio de las Casas, las Brujas tiemblan;
Cruin fue el diablo su compañero y Señor está
enfado con la presencia del Obispo en
Solimto; las gremias y harapos flotantes, qui-
tan, buscan las escotas y se refugian los ma-
jicos untos para volar también. Piensan que
Tomás y Don Benito son abuelos por el
Patas como Duesón. Antiguamente en aquel
mismo punto a no veinte Caballos; y en se-
ñal de triunfo cantan:

"Mamita Vocales
Fogue el Sarandón
Que estos dos cachachos
De los mistios son"

Solo cuando llegan a la cascada de "San Benito" se detiene el atolondrado finco.

Don Benito continúa en su incansable
saca de hablar y hablar. Tomás y María pasan
no tener alma sino para contemplar aquella ama-
rillenta y parda lava; aquellos filos de pedras

agui

(2)

Que Suavemente suban hasta caer frías en un
Somno voluptuoso y levántase luego en liras y tor-
nasolados vapores; aquellos árboles de retorcidos
y muscosos troncos que también allí sus ramas se
dinal de homenaje, las cuales, a impulsos del viento,
se inclinan hasta besar las aguas, que siguen co-
miendo por el lecho del río como fatigadas del
dallo que han dado.

La Cascada de San Lorenzo
no es una gran mole de agua que se orienta des-
~~melanada~~ y rugiente por roca irregular y desigual,
como la del Guadalupe: más parece un juego
de agua para aborrar un jardín: en pequeñas
madefas de espuma como bellones de algodón,
más o menos delgados, surca con esta aparibi-
lidad por la mesa del primer que el agua ha la-
brado en caprichosos canales.

Después de haber mirado la vista,
el oído y el tacto con el bello espectáculo de la
Cascada y sus contornos, el ruido delicioso de
las inquietas aguas y la vivificante frescura del
dallo, regresaron a la población.

Mirando tanto, Pacho sacó el polvo
y las polillas al archivo, que fue el dueño del
blanco, tuado en el suelo, o recibió al acaso en
cajones por allí con el solitario de distinta ca-
da. Quien lo examine se convencerá de la gran-
deza pasada de aquel pueblo que después de ha-
ber abrigado en su seno "Catalinos de hábito
Cruzado", "Capitanes a guisa" y una Marquesa
Bajo hasta su fracción de Santo Domingo. Su
antigüedad se remonta a más de dos siglos,
a juzgar por documentos fechados en el XVI.

emanados de España o de la Esquidivésis.

Partechados de dos cajas de Sardinias y de vino de Origen los viájos, a eso de las seis, a la Casa de la Amable Juina, en busca de refrigerio para sus hambreados estómagos. D. Nicolás los aguardaba en catinera de mesa; y haciendo uso de la confianza que aquellos le inspiran, llenó el plato del invitante peccillo; sus compañeros lo imitan con franquicia que el D. Nicolás Cuyo hartura, y tomando la caja que el juve tiene delante, la vacia toda en una de las otras Sardinias que aún colmatan su plato, exclamando el muy chuso: "Sr. ellacia, Ue. no les sabe buscar los limones a las mujeres" Maria se quedó de una juina, y los otros dos termino su almuerzo de no saber buscar limones, y de quedarse en plat de apresuar a servir el resto de la otra caja.

El triunfante, autor del Soli Aquil, discutió también de la comida de Su Mra. se hallaba allí.

La pitencia, como la del dia antiguo, no era cosa de abastecer. Las Sardinias que habian de reformada ha llaron tanta en su mayor parte en ese buche de D. Nicolás; no había café ni en qué servir el vino.

Con fingida amabilidad, uno de los comensales dice a Juina, que parece rayar en los 40.

- Esta ya Ue. confirmada Señora Juina?

- Como no, Sr..... Si ya soy muy vieja.

- No tal Señora: en Santo Domingo la conocí yo no ha muchos años, y era Ue. una pipirola

- No, Señor, ... Cuando vino el Obispo Isasa a

25

Santo Domingo, tenía yo como trece años, y vea que eso hace ya cosa de 17.

Vieno el interlocutor que esa fortaleza no se ^{rendiría} por el lado de los años, cambia de plan, y exclama con fingido entusiasmo:

¿; Quié contentos deben estar V. V. con el recibimiento que le han hecho al Señor Obispo!... Todo es magnífico - El solio es lo mejor que he visto; ni en Santo Domingo, ni en San Roque dicen en el clavo. Allí lo hicieron colgado, y V. V. se hicieron unia al azul, el blanco como símbolo, los dos, de paz y unión! Fuese visto de tiempo morado, color de regla en los Obispos, con ese adorno de paño y el la Divina Paz, son muestra de un gusto exquisito y refinado.

Fina cae en la red y contesta inflada por la satisfacción.

- Vosotros meglamos el Solio así por indicaciones de un joven muy entendido que vino de Copacabana, que vio el que allá hicieron; que dirque estaba lindo!

- No sería posible conseguir café del del Señor Obispo, replica alentado el perfido. ¡ Que no se diga que donde hacen Solios tan simbólicos, no se toma café sobre la comida!

Fina vivamente interesada en favor del galante interlocutor, volviéndose a Felipito le dice:

1° Consigase Felipito un poco de café para los Señores; que allá en la cafetera del Sr. Obispo está quedar.

Animado el comensal con tal triunfo, concibe la idea de mejorar la comida, y dirigiéndose a Felipito y a Don Valentín los felicita por el buen

Arreglo de la casa, y hacimos 'unicapic' en el Solio
dice:

- Bien de ve' que U. U. meditaron muy bien el
Color del Solio.

- Ah, si Señor, prontamente D. Valentín, tras
figurado en el tabor de la Satisfacción; nosotros
estudiamos muy bien todo eso.

- No será fácil, D. Valentín, conseguir unas
copas para tomar el vino?

- Como no Señor, con mucho gusto de las con-
digo; mándeme U., que yo estoy para servirles - y
salir. - Pronto estuvo de vuelta con un bulto
de vasos prestados en el Estanco.

- Gracias D. Valentín; que amable es U., y la
Señora donde la tiene, que no he tenido el gusto
de saludarla? -

- Si yo no soy casado Señor, contestó D.
Valentín; y esupe, toma asiento, y dice: "Pues
D. Señor, no me he casado. Aquí donde U. U.
me ven, tengo 54 años; y no me he casado por
que a' yo no me gusta sino complacer a' mis
Amigos. Por eso el Padecito Pérez que me quiere
tanto, me confió el Servicio de la mesa del
Señor Obispo, y yo, al momento! - lo mismo
fue cuando vinieron los Jesuitas. Pues para
eso debe ser el hombre: para servir a' los demás.
Y así he sido yo siempre: amigo de que todos
estén bien contentos de yo. He andado mu-
cho, y en todas partes me han querido demás.
Con ninguno he tenido palabras. No sé sabe
que opinión tengo: Vean cuando vino un Señor
Betancur me notificaron 30 patrones de com-
parto; pero como tengo tanto amigo, influyeron

26

con ese Señor que me tomara de la lista, por-
que yo no me metía en cosas perjudiciales; y
así fue que me dejó en paz. - Vivo con dos
hermanitas mayores que yo, y también Solteras;
y lo pasamos muy agusto. Aquí coguí un
sitio en una finquita que le compramos a los
Señores Frango en 4000 pesos - Tenemos un niño
Dios, que si V. U. lo vieran!; de las cosas más
queridas que se han visto: las muchachas y
yo vivimos encantados; como le decimos es
"El Muchacho". Lo lo guineito que hago cuando
dentro a la casa es irlo a ver y a con-
sarle; lo mantenemos muy galansito! Pero
si lo vieran! De lejitón, como de aquí aquella
mesa, es mismamente un muchachito: está
parcito, y tan grande; se parece a uno que ha-
bla. Ahora nueve meses que estuvimos
aquí los jesuitas a la misión, le hablé al
Padre Grieco, y se encantó tanto de él por
lo que las muchachas y yo le dijimos, que
tuvo que mandar un muchacho, ganándose una
peseta, para que lo trajera. -

- Si, Señor. replica el otro, mucho que me habló
de él el Padre Grieco: me dijo que ni en Quito,
ni en Centro-América había visto un niño
Dios tan humoso como el de U. - Pero al punto
que fuera a comentar esta carne, con una tafaca
de posta de la del Obispo.

Pues se le había metido en la cabeza al picar-
rón, que habían de comer de las viandas del Obispo.
- Si Dns., si Dns., voy a ver! Si allá queda
de comida! Como 200 pesos le cuesta la fiesta
al Padre Peru. lo que tiene es que la visita

De la cocina es tan canónica. Ayer enainas pe-
diamos. Pero espíramen que yo algo des traigo. —

Mientras el Sr. Bolterón andaba en soli-
citas de la juesa, los pocos viajeros vien a
Carcajadas. — Meno de colmito junas, dice a' otro
de ellos que esca del mismo pie: — Pues amigo, no
hay remedio para nosotros sino seguir el ejemplo de
D. Valentín, y comprar niño-Dios para entretenu-
nos en la vejez; porque mujer e' hijos que co-
man y seban!

— En lo mismo pensata yo, replica el interpe-
lado. Me suada la idea; e' sino hemos de conse-
guir. Solo que es que, D. Severo Escalante y
D. José María Márquez, apesar de sus mujeres,
tienen que hacerse a' niño-Dios, Di Santa Ana
no hace el milagro. —

El diálogo que interumpido por D. Valentín
que se apareció con favor, favor y justicia de
Coco. — ¡ Oh yá se el de la lisonja!

— Sin saber a' qui sabe el chocolate de
Sumbó no hemos de querarnos, dice Tomás a'
Pacho, al día siguiente por la mañana. — Yo voy
a' desayunarme a' donde Waldina — Y yo donde
Branbia, replica Pacho — ¡ Fallacia no lo llev-
mos a' ninguna parte. Quien lo manía que no
quina comprar niño-Dios.

Doña Waldina es dama de Sumbó y
de chapa; está vien llegada de Medellín y es
la duña de la situación. Tiene en la ventana
una jara con helecho de jardín, que el Obispo
admira mucho cuando iba para el Cementerio, — no
por lo linda sino por lo raquitica. —

Doña Cleofe vive en la Casa que era de

27

Dona Ribera, muy envejecida y con muchas láminas en las paredes de Bahareque, que representan Casacas y corrales de toros.

Dona Pilar de traje desotado, y Dona Polonia de traje de cola, guardan el Santo Sepulcro, que parece un paraguas, como guardan los Franciscanos los santos lugares en Jerusalen - Kingona lampara lo alumbraba, y desecansa sobre una tarima, expuesto a la veneración.

Felipe Palacio F. de flux café cargaba en sus espaldas al Segundo de sus hijos, y Popita. Plano parecía una puercecita por lo galana que estaba.

Las once montan los viejos y se despiden, llevando en el alma grato recuerdo de aquella tierra hospitalaria y hermosa.

En el camino preguntan a los señores Don Valentín, y preguntan por el Niño Dios diciéndoles que iban a conocerlo por recomendación del padre Briceño. Las dos Ancianas a quienes Don Valentín apellida las muchachas, destapan el nicho, y aparece el Niño Dios, parado en pacaña pintada, vestido de funda y saco, muy coposo, con interiores y calzoncillos de mucho repulgo.

Aquí fue el finiquitar de las Viejas: que ese niño era todo su recurso y recreo; que era la alegría de la casa; que cuando se lo llevaron al Padre Briceño quedó aquello como si hubieran sacado un muerto.

A Valentín le levantan unos testimonios por allí en la Puerta, pero él no tiene mas vivir que este niño - veante esos crespos por detrás -

Esto es lo mas querido que hay!"
Los viejos desearan todo eso, y se
confirman en el proposito de hacerse a mirar, vien-
do que este hacia la felicidad de sus hijos celibes.
Solomó' juró decir: "el porvenir es mi!"
Sus inmensas lomas cubiertas de pastos natu-
rales, y campos para criar y levantar de ganados;
Su extenso territorio; sus terrenos de agricultura;
Sus ricas minas; todo atraeria al Obrero y al
Capitalista. - Si a esto se agrega la pequeña,
hospitativa y escogida Sociedad que hoy tiene,
tanto de Señoras como de Caballeros; la do-
cilidad y buena medida de la gente del pueblo
vigilada por el elemento de la vida negra que
se conserva allí con toda sumilleria, de Me-
jor modo tratada a conveniencia de los europeos.

La historia de la fundacion de la
poblacion cuyo origen es de ignorancia; pero
que la tradicion hace mas interesante con la
leyenda aquella del hombre que soñó con un
tesoro al pie de un árbol en el alto de "El
Tigre"; el hallazgo del dicho tesoro con las
campanillas de oro; - la orden que en el sueño
recibió el venturoso dormilon de levantar una
Iglesia a San Lorenzo, al pie de la ^{cual} se
formaríase la poblacion. Todo eso, decimos,
es interesante, no solo para el hombre de tra-
bajo, sino para el artista, y para el Sabio.
El manera de una casa ilustre que
viene a mirar, Solomó' recuerda con legitimo
orgullo sus glorias pasadas; y hace esfuerzos
para volver a ellas; y volverá; porque el tra-
bajo y los valientes corazones siempre hi-